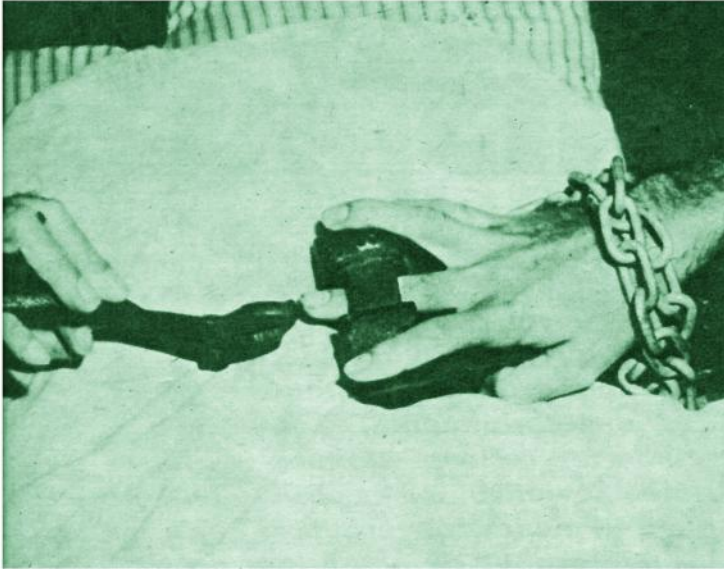


# ¡ASI TORTURABAN LOS ESBIRROS DE BATISTA!

Fotos: Bautista Corrales  
Texto: Rolando C. Brunet



Un cepo de hierro con una abertura para introducir los dedos. A este aparato de tortura se ataba con cadenas la muñeca de la víctima. Después, el verdugo, con una tenaza desprendía una a una las uñas del torturado. Son cientos los cubanos que sufrieron este martirio en los cuarteles y en las estaciones de policía de la tiranía. Pero, para vergüenza de los verdugos, sus víctimas sufrían el martirio sin denunciar a sus compañeros.

LA dictadura de Fulgencio Batista no tiene comparación alguna con las más brutales y sanguinarias tiranías de América. A todas las sobrepasa en el terror empleado para mantenerla, en el número de muertes con que enlutó la isla entera, en los crímenes que, año tras año, cometieron los que defendían y apoyaban al tirano.

Después de la vergonzosa huida de Batista se van conociendo, día a día, nuevas páginas de horror. Aparecen cementerios particulares que los esbirros del régimen mantenían en lugares apartados o en

sus propios cuarteles; se conoce de más y más muertos y de nuevos métodos de tortura con que los sicarios de Batista dejaban reducidos a simples principiantes a los verdugos más connotados que reconoce la historia.

Estos hombres, que apenas si merecen este nombre, no se limitaban a matar. El pistoletazo, el disparo por la espalda, habían sido desechados por ellos como métodos demasiado simples y sobre todo porque no hacían sufrir a sus prisioneros. Ellos, los verdugos, nece-

(Continúa en la Pág. 127)



En las páginas que cuentan la historia del Medioevo, en las que narran los refinamientos de las torturas empleadas por los verdugos chinos no pueden encontrarse horrores como los que ahora conoce el mundo, cometidos por los esbirros de Batista. Véase esta plancha de hierro; ahí se ataba con cadenas un pie de la víctima. La plancha se sometía a temperaturas elevadísimas y el hombre así torturado veía como la planta de su pie se asaba rápidamente. ¡Y después de un pie se colocaba el otro en la plancha!



En la Jefatura de Policía de la ciudad de Santa Clara, los soldados de la liberación encontraron, en los calabozos convertidos en cámara de torturas, numerosos instrumentos de martirio. Desde la soga, el palo y el vergajo —cosas anticuadas— hasta tenazas, aparatos para arrancar uñas, sacar ojos, romper huesos; todo aparece en esta macabra colección. Y no fue sólo en Santa Clara; la isla entera estaba plagada de estos verdugos y de estos instrumentos de tortura.